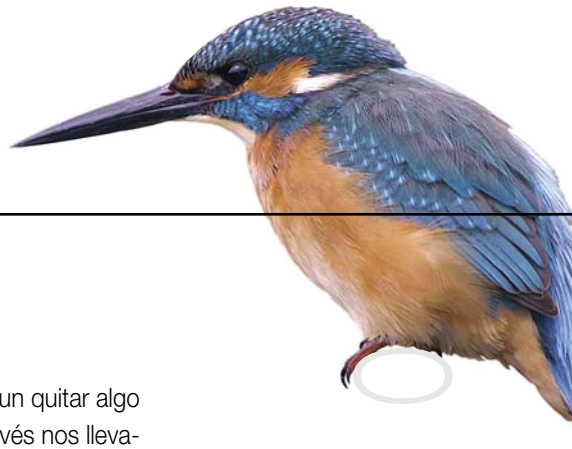
fotogramas de una vida en vuelo

El Azud de Riolobos: un humedal en la meseta castellana

prólogo

Prólogo



Borbollones de vivacidad

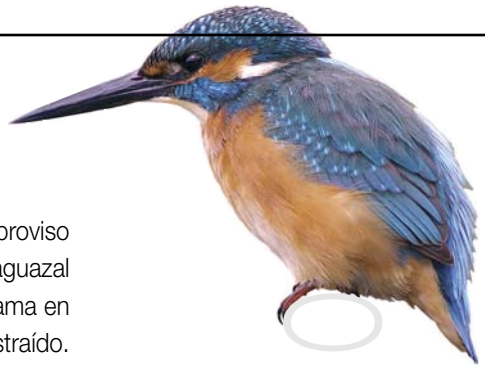
Casi siempre, la degradación ambiental comienza con un quitar algo del lugar al que siempre había pertenecido. Leído al revés nos llevaría a la consideración de que no cambiar de hogar, ni de requerimientos es, en buena medida, una de las formas con las que consigue su principal sentido la vivacidad. Para la que ser y estar son lo mismo.

Es más, cuando Elías Canetti, nos plantea, en un aforismo, que daría un buen trozo de su propia vida por convertirse en animal por unos instantes, resulta muy probable que tal deseo le naciera de una añoranza. La de esa dicha que mana de lo más intenso que caracteriza al resto de lo viviente. Me refiero a que los animales no se desgarran incesantemente, como nosotros, con el anhelo de ser otra cosa. Ya están completos, sobre todo, si no los demediamos saqueando el derredor que es su otra mitad. Sin la que, por cierto, tanto ellos como nosotros llegan /llegaremos a perderlo todo.

Si embargo, dejar las bases de la vida en su sitio, allí donde siempre han estado a menudo viene siendo considerado como una irracional postura, incluso llega a ser calificada de retrógrada.

Muy al contrario: desactivar el codicioso aluvión de convertirlo todo insatisfacción insaciable es la mejor forma de incrementar el progreso moral y de garantizar la primera vocación de la Natura que no es otra que fundar, a cada instante, todos los futuros. Por eso no trastocar es una acción ética de inmenso recorrido y hasta perentoria necesidad en estos momentos derrumbados.

Se trata, por ejemplo, de dejar que sean sucesivas y contrastadas las llegadas y las partidas de las estaciones.
Que sigan volviendo a sus citas las aguas que vuelan para fecundar la tierra.
Que estas aves, que ahora mismo hacen tiritar al aire en estos baldíos recién fecundados, vayan y vengan con su alegre nomadeo.
Que todo, en suma, mantenga lo más intacta posible su capacidad de volver a ser lo mismo que eran, en los hogares propios y sabiendo como saben los artistas, que toda originalidad brota de infinitas repeticiones.



PRÓLOGO

A mí también, ahora, en este prólogo me ha manado de improviso todo lo que hasta aquí se ha leído, porque nos vamos a un aguazal nuevo, a algo que supone todo lo contrario a lo que se proclama en el primer párrafo. Porque ha sido puesto en lugar de sustraído. Acaso sin la intención que compartimos los aliados de la vivacidad, pero con los mismos resultados.

En realidad podríamos matizar, y mucho. Porque en las mismas estaríamos cuando ponemos a crecer un nuevo árbol. O, que ha sido, está siendo, tanto y tan continuo lo quitado, que estos retales reparadores no equilibran, ni remotamente, la superlativa merma.

Con todo, estamos de suerte porque no pueden ser mejores los resultados de haber encharcado un lugar, de haber puesto agua en el corazón de unos baldíos. Que ya son alegres y multiplicadores, sobre todo del regalo que supone ver a tantos artistas del aire revoloteando. Nuestros mismos ojos, anegados por los numerosos vuelos y chapoteos, se convierten en **borbollones de vivacidad** y de **agradecimiento**.

El mío, hacia quienes hacen posible el reconocimiento, la difusión y la defensa de estos vivaces manantiales, también es caudaloso. Y queda perfectamente identificado en las Fundaciones Tormes y Germán Sánchez Rupérez. Dos esperanzadoras instituciones que espejean con luz propia, como los mejores lavajos castellanos.

Joaquín Araújo